

CAPITULO III

AFRICA

Los Gelbes.—Oran.—El Peñon de la Gomera

DE 1559 Á 1564

Peticion de las c6rtes al rey sobre los corsarios moros que estragaban las costas de Espa1a.—El gran maestre de Malta y el virey de Sicilia solicitan los ayude á recobrar á Trípoli de Berbería.—Felipe II les envia una flota.—Salida de la expedicion.—Primeros desastres.—Arriba la armada á los Gelbes.—Toma del castillo.—Piérdese lastimosamente la armada.—El almirante turco Pialy y el terrible corsario Dragut.—Sitan y atacan el fuerte.—Don Alvaro y los capitanes espa1oles son llevados cautivos á Constantinopla.—El virey de Argel intenta conquistar á Oran y Mazalquivir.—Nueva armada espa1ola en Africa.—Hace retirar al virey.—Expedicion enviada por Felipe II á la reconquista del Peñon de la Gomera.—Frústrase esta primera empresa.—Segunda y mas numerosa armada contra el Peñon.—Don García de Toledo.—El corsario Mustafá.—Recobran el Peñon los espa1oles.—Grandes proyectos del gran turco contra el rey de Espa1a.

«Otro sí decimos (le decian al rey Felipe II los procuradores de las ciudades en las c6rtes de Toledo de 1560), que aunque V. M. ha tenido siempre relacion de los da1os que los turcos y moros han hecho y hacen andando en corso con tantas vandas de galeras y galeotes por el mar Mediterráneo, pero no ha sido V. M. informado tan particularmente de lo que en esto pasa, porque segun es grande y lastimero el negocio, no es de creer sino que si V. M. lo supiese, lo habria mandado remediar: porque siendo como era la mayor contratacion del mundo la del mar Mediterráneo, que por él se contratava lo de Flandes y Francia con Italia y venecianos, sicilianos, napolitanos, y con toda la Grecia, y aun Constantinopla, y la Morea y toda Turquía, y todos ellos con Espa1a, y Espa1a con todos: todo esto ha cesado, porque andan tan se1ores de la mar los dichos turcos y moros corsarios, que no pasa navío de Levante á Poniente, ni de Poniente á Levante que no caiga en sus manos: y son tan grandes las presas que han hecho, asi de christianos cautivos como de haciendas y mercaderías, que es sin comparacion y número la riqueza que los dichos turcos y moros han avido, y la gran destruicion y assolacion que han hecho en la costa de Espa1a: porque dende Perpiñan hasta la costa de Portugal las tierras marítimas se están incultas, bravas, y por labrar y cultivar; porque á cuatro ó cinco leguas del agua no osan las gentes estar; y asi se han perdido y pierden las heredades que solian labrarse en las dichas tierras, y todo el pasto y aprovechamiento de las dichas tierras marítimas, y las rentas reales de V. M. por esto tambien se disminuyen, y es grandísima inominia para estos reinos que una frontera sola como Argel pueda hacer y haga tan gran da1o y ofensa á toda Espa1a: y pues V. M. paga en cada un año tanta suma de dinero de sueldo de galeras, y tiene tan principales armadas en estos reinos, podriase esto remediar mucho, mandando que las dichas galeras anduviesen siempre guardando y defendiendo las costas de Espa1a sin ocuparse en otra cosa alguna. Suplicamos á V. M. mande ver y considerar todo lo susodicho; y pues tanto va en ello, mande establecer y ordenar de manera, que á lo menos el armada de galeras de Espa1a no salga de la demarcacion della, y guarde y defienda las costas del dicho mar Mediterráneo dende Perpiñan hasta el estrecho de Gibraltar, é hasta el rio de Sevilla; y V. M. mande señalarles tiempo preciso que sean obligados á andar en corso y en la dicha guardia, sin que dello osen exceder: porque en esto hará V. M. servicio muy señalado á Nuestro Se1or y gran bien y merced á estos reinos (1).»

Esta sola peticion de los procuradores de las ciudades nos revela los da1os que á la agricultura y al comercio de Espa1a estaban causando los corsarios turcos y moros, la necesidad de defender nuestras costas, y los motivos que tuvo Felipe II para tomar las providencias que en esta materia adoptó á luego de su venida á Espa1a, mejor que todo lo que nos dicen cuantas historias hemos leído.

(1) Peticion 97.^a de las c6rtes de Toledo de 1559 y 60.

Uno de los corsarios que mas estragos habian causado en las costas de los dominios espa1oles, así de la peninsula, como de Italia y las Baleares, era aquel famoso Dragut, antiguo compa1ero y sucesor de Barbaroja, de quien dimos noticia en el reinado de Carlos V, el conquistador y defensor terrible de la ciudad de Africa, y el que habia tenido la culpa de que el turco se apoderara de la ciudad de Trípoli, que poseian los caballeros de Malta (2). Felipe II, en vez de obrar como le aconsejaban y pedian los procuradores, empleando la armada en defender las costas del Mediterráneo, «y no en otra cosa alguna, y sin que dello osaran exceder,» tuvo por mejor complacer al gran maestre de Malta y al duque de Medinaceli, virey entonces de Sicilia (3), que le habian pedido con muchas instancias les diese una armada para la reconquista de Trípoli, aprovechando la ocasion de hallarse Dragut en lo interior de Africa haciendo la guerra á uno de los reyes de Berbería. Envió pues el rey una flota á Mesina á cargo de don Juan de Mendoza, y con estas naves y las galeras de Sicilia, Nápoles, Roma, Malta y Florencia, y con la espa1ola, tudésca é italiana, juntó el duque de Medinaceli hasta cien velas entre pequeñas y grandes y sobre catorce mil soldados. Pero anduvo el duque virey tan poco diligente, que cuando parti6 de Mesina con su armada (28 de octubre, 1559), habia dado lugar á que Dragut, que habia vuelto victorioso á Trípoli, se apercebiera del objeto de la armada cristiana, metiera en Trípoli un refuerzo de dos mil turcos, y avisara al sultan de Turquía para que le socorriera contra los cristianos.

Comenzó bajo malos auspicios esta expedicion, por otra parte mal preparada. Los alimentos y provisiones que llevaba eran pocos y mal sanos; y ya en Siracusa, donde los vientos contrarios obligaron á la armada á detenerse, perecieron de enfermedades y malas comidas hasta cuatro mil hombres, y diez naves se quedaron sin gente, lo cual dió tambien ocasion á tumultos, excesos y deserciones. Últimamente, despues de no pocas averías y desastres, y casi consumidos ya los bastimentos, el duque continuó su derrota con la gente y naves que le quedaban, y que él creia le bastaban para su empresa. Mas en vez de marchar derecho sobre Trípoli, se encaminó á la isla de los Gelbes (febrero, 1560), de fatal recuerdo para los espa1oles. Perdió allí un tiempo precioso; las enfermedades proseguian, los víveres no abundaban, muchos querian volverse á Sicilia, que hubiera sido el partido mas prudente, y en varios combates con los moros se perdieron excelentes capitanes espa1oles. Pero al fin logró apoderarse del castillo, y que el jeque prestara juramento de fidelidad al rey de Espa1a y ser tributario suyo (marzo). Hizo fortificar con grandes baluartes aquel castillo, contra el parecer de muchos de sus oficiales, que le aconsejaban le demoliese y fuese á atacar á Dragut en Trípoli; bien que de contraria opinion era el valeroso capitan don Alvaro de Sande, el cual se daba cuanta prisa podia á bastecer la fortaleza de artillería, municiones y vituallas, no pudiendo por otra parte persuadirse de que viñese la armada turca en socorro de Dragut y de los moros.

Engañóse en esto don Alvaro tanto como el de Medinaceli, y ambos se llenaron de consternacion cuando supieron que la armada del sultan, conducida por el almirante Pialy, ya conocido por sus estragos en las costas de Italia, se aproximaba á los Gelbes (mayo, 1560). Todo fué entonces confusion y desórden; los moros de la isla en quienes antes se habian fiado se volvian en favor de los turcos; las tropas no se hallaban en disposicion de resistir á tan fuerte enemigo; el duque no era gran práctico en las cosas del mar, y al ver su irresolucion y su aturdimiento, cada nave y cada capitan trató de salvarse como pudo. Muchas galeras con la precipitacion se estrellaron en los escollos, otras encallaron en los bajíos, las naves gruesas y pesadas antes de desplegar las velas fueron entradas por los turcos con miserable estrago, apresaron aquellos treinta bajeles, mataron mas de mil hombres é hicieron cinco mil prisioneros. Los malteses, mas conocedores de aquellos mares, fueron los que se salvaron. El duque y

(2) Véase el cap. XXX, del libro precedente.

(3) No de Nápoles, como dice equivocadamente el se1or Sabau en sus Tablas cronológicas; de Nápoles lo era don Perafán de Rivera.

Juan Andrea Doria, sobrino del famoso almirante genovés, con algunos otros oficiales, pudieron salir de noche del canal sin ser vistos, y arribar con algunas galeras á Malta y Sicilia.

No paró en esto solo la desastrosa jornada de los Gelbes. El virey, que tan en mal hora la habia preparado y con tan poco acierto dirigido, habia dejado encomendada la defensa del castillo y el gobierno de la isla al valeroso don Alvaro de Sande, ofreciéndole que pronto le enviaria socorros. Este intrépido jefe hizo una defensa heroica contra doce mil turcos y multitud de moros insulares que cercaron la fortaleza al mando de Dragut y Pialy reunidos. No hubo trabajo que los sitiados no pasaran, ni proeza que no hicieran en cerca de mes y medio que duró el cerco. Hambre, sed, calor abrasador, enfermedades, combates diarios, salidas vigorosas, asaltos repetidos, luchas desesperadas, fatigas increíbles, mortandad, miseria, todo lo que en tales casos puede poner á prueba el valor de los hombres, todo lo sufrieron don Alvaro y los suyos, y no fué poco el estrago que causaron á los enemigos. Cuando Pialy y Dragut, viéndolos reducidos á la situacion mas lastimosa, les intimaron la rendicion ofreciéndoles la vida, á la voz del altivo don Alvaro de Sande unieron las suyas todos los que quedaban para contestar que no querian sino morir con honra peleando por su religion y por su patria. Y haciendo una salida impetuosa á la media noche, forzaron las trincheras, mataron muchedumbre de turcos, y hubieran llegado hasta la tienda de su general si no los detuvieran los genizaros, con los cuales lucharon á la desesperada hasta morir casi todos. Don Alvaro con otros dos oficiales se abrió intrépidamente paso por lo mas espeso de las filas enemigas, y ganando la playa subió á bordo de un navio espa1ol varado en la costa, donde le descubrió la luz del dia con la rodela en un brazo y la espada en la mano rodeado de turcos, que parecia no querer acabarle, respetando un hombre de tan heroico valor. Un renegado genovés le instó á que rindiera las armas bajo el seguro de entregarle al almirante turco, y con toda consideracion fué conducido á la capitana.

Los turcos entraron en el desmantelado castillo (fin de junio, 1560), degollando ó encadenando los pocos soldados que encontraron. El esfuerzo de don Alvaro de Sande, don Gaston de la Cerda, hijo del duque de Medinaceli, los capitanes don Sancho Martínez de Leiva, don Berenguer de Requesens, Galeazo Farnesio, don Juan de Córdoba y algunos otros oficiales distinguidos fueron llevados á Constantinopla. Tal fué la famosa jornada del duque de Medinaceli á los Gelbes, isla fatal á los espa1oles desde la primera invasion del conde Pedro Navarro en los tiempos de Fernando el Cat6lico, y que nos recuerda tambien el desastre de don Pedro de Toledo en los de Carlos V. La defensa del castillo de los Gelbes contra Pialy y Dragut por don Alvaro de Sande en 1560 nos trae á la memoria la de Castelnuovo contra Barbaroja y Ulamen por el espa1ol don Francisco Sarmiento en 1539. Ni una ni otra sirvieron sino para acreditar el valor espa1ol á costa de preciosa sangre espa1ola en defensa de fortalezas que nada le importaba á Espa1a poseer, y en esto se consumian sus caudales y sus hombres.

El almirante Pialy parti6 á poco tiempo para Constantinopla, llamado por Soliman para emplearle en las guerras de Arabia, mas no lo hizo sin estragar antes las costas de Sicilia y de la Calabria Ulterior, y prosiguiendo para Mitilene y Gallipoli arribó triunfante á la capital del imperio otomano (27 de setiembre) con los cautivos espa1oles. Destinó el sultan á don Alvaro y sus compa1eros á la torre del Perro en el mar Negro, donde murió el hijo de Medinaceli. Los demás permanecieron hasta 1562, en que con motivo de un tratado de paz entre Soliman y el emperador don Fernando fué concertado en uno de los capitulos el rescate de estos ilustres prisioneros, bien que á algunos se les propinó fúrdidamente un t6sigo, y no pudieron volver á servir (1).

(1) Cabrera, Hist. de Felipe II, lib. V.—Herrera, en la General del Mundo.—Leti, Vita, p. I, lib. XV.

En 1560 murió el famoso almirante genovés, príncipe Doria, á la edad de 93 años, dejando á su sobrino Juan Andrés, ó Juanetín Doria, heredero de su valor y de su espíritu. La vida de aquel ilustre marino fué escrita en italiano por Lorenzo Capellani.

Las posesiones espa1olas de la costa de Africa eran otros tantos monumentos gloriosos del poderío á que habia llegado la nacion en el reinado de los Reyes Cat6licos, de las hazafiosas empresas del cardenal Cisneros y del conde Pedro Navarro, y de los esfuerzos vigorosos, alternativamente desgraciados y felices, del emperador Carlos V: pero eran tambien un padrastró de Espa1a. Siempre amenazadas y siempre en peligro, su conservacion costaba á Espa1a una especie de sangria continua de hombres, de naves y de dinero. Felipe II lo empezó á experimentar con el desastre de los Gelbes, uno mas en la serie de los que habian sufrido en aquellos mares y en aquellas costas las armadas de sus antecesores. Supo despues que el virey de Argel, Hassen, hijo de Barbaroja, trataba de enviar una flota para levantar los moriscos de Valencia y dar pasaje para Africa á muchos, y tomó la determinacion de desarmarlos á todos (1562), como ya en las c6rtes de 1560 le aconsejaban con mucha prevision los procuradores que lo hiciese con los de Granada (2). La operacion se ejecutó bien y sin excitar alboroto.

Pero el mismo Hassen, alentado con la derrota de los espa1oles en los Gelbes, proyectó luego la conquista de Oran y de Mazalquivir, para lo cual juntó un poderoso ejército. Otra vez tuvo Felipe II que armar y equipar una flota de veinticuatro galeras que mandó construir en Barcelona, trayendo árboles de Flandes, remos de Nápoles, arcabuces y picas de Vizcaya, de la cual hizo general á don Juan de Mendoza, dándole cerca de cuatro mil hombres de los que habian venido de los Países Bajos. La fatalidad mas siniestra parecia presidir á las expediciones á Argel. Apenas esta armada habia salido del puerto de Málaga, levantóse una tempestad tan furiosa, que las mas de las naves se hicieron pedazos en las rocas, anegándose otras, y con ellas toda la gente de guerra y remo, incluso el mismo don Juan que la mandaba.

Animado con esta catástrofe el virey argelino, redobló sus excitaciones á los príncipes mahometanos para que le ayudaran en la empresa de Oran y Mazalquivir, y en su consecuencia llegó á ponerse sobre esta última plaza con treinta galeras y un ejército de cien mil hombres (marzo, 1563). El conde de Alcaudete, que gobernaba aquellas tierras, habia fiado la defensa de Mazalquivir á su hermano don Martín de Córdoba, resueltos ambos á sostener hasta el último trance aquellas plazas y el honor de las armas espa1olas. El conde hacia arrojadas acometidas desde Oran contra los sitiadores, y don Martín rechazaba con no menos arrojo los asaltos. Once veces se vió asaltada la plaza por la numerosa morisma: los infieles llegaron en varias ocasiones á plantar sus estandartes sobre las ruinas de la muralla (mayo, 1563). El rey, que no desconocia el apuro en que debia hallarse la guarnicion de Mazalquivir, no omitia tampoco diligencia para enviarle socorro de Espa1a, y haciendo venir naves de Italia á Barcelona, y levantando gente en Andalucía, despachó una nueva armada al mando de don Francisco de Mendoza, la cual, tan pronto como llegó á la vista de Mazalquivir, acometi6 la flota enemiga, le apresó nueve naves y ahuyentó las demás, mientras los del fuerte y los de Oran, alentados con este refuerzo, atacaban briosamente las tropas de Hassen. Levantó pues el argelino cobardemente el cerco á pesar de la gran superioridad numérica de sus fuerzas, y huyó precipitadamente á Argel (junio). Fué persiguiéndole don Francisco de Mendoza, pero no pudo darle alcance. Reforzó las guarniciones de las dos plazas, las surtió de bastimentos, y dió la vuelta á Espa1a, donde fué recibido con gran júbilo. No dejó el rey sin premio á los heroicos defensores de Oran y de Mazalquivir: hizo al conde de Alcaudete merced del vireinato de Navarra, premi6 con bastante liberalidad á su hermano don Martín de Córdoba, y no dejó sin recompensa ni á los oficiales y soldados que habian sufrido los trabajos y penalidades del sitio, ni á las mujeres y familias de los que habian perecido en él (3).

Hecho el socorro de Oran, é instado el rey por don Pedro

(2) Peticion 87.^a

(3) Don Luis de Cabrera, en el libro IV de su Hist. de Felipe II, capítulos 9, 10, 12 y 13, refiere largamente los pormenores de este sitio por los diarios de Oran que tuvo á la vista, y rectifica varias equivocaciones en que incurrió Herrera en la General del Mundo.

de Venegas, gobernador de Melilla, resolvió emplear la armada en la conquista ó recuperación del Peñon de Velez de la Gomera que desde 1522 habia caido en poder de turcos y moros, y estaba siendo nido de corsarios que molestaban y dañaban la costa fronteriza de Andalucía, y eran una tentacion peligrosa para los moriscos granadinos. Para esta empresa fué nombrado general, á causa de haber muerto en Málaga don Francisco de Mendoza al salir con la expedicion, don Sancho Martinez de Leiva, general que habia sido de las galeras de Nápoles. Adelantóse con ocho galeras el intrépido y hábil marino don Alvaro de Bazan, y seguiale el resto de la armada. Esta expedicion, á pesar de las esperanzas y facilidades que habia dado Venegas, no produjo otro resultado que algunos encuentros con los moros de las sierras, pues reconocido el Peñon por don Sancho, y habido consejo de capitanes, se resolvió no acometerle por no considerarse con suficientes fuerzas para ello, y se acordó reembarcar la gente, y regresó la flota á Málaga (6 de agosto, 1563).

Esto encendió al rey don Felipe en mas vivos deseos de reconquistar el Peñon, en el cual todas las ciudades comerciales del litoral del Mediterráneo veian tambien un estorbo para su tráfico. Preparó pues otra mayor y mas respetable armada, compuesta de noventa y tres galeras y sesenta buques menores, llevando á bordo trece mil soldados españoles, italianos, alemanes y flamencos. El rey de Portugal y el gran maestre de Malta ayudaron con sus fuerzas á esta empresa. Habiendo fallecido el gran almirante genovés príncipe de Meli Andrea Doria, dió el rey don Felipe el almirantazgo del Mediterráneo y el mando de esta armada á don García de Toledo, marqués de Villafranca, duque de Fernandina, gobernador de Cataluña, y sucesor del duque de Alcalá, virey ya de Nápoles. Parecía demasiada fuerza para tal empresa, pero el rey queria asegurarla. Iba tambien don Sancho Martinez de Leiva, el jefe de la primera expedicion. Era alcaide del Peñon el famoso corsario Cara-Mustafá, gran inquietador de aquellas costas y mares, que se creia invencible y seguro al abrigo de aquella formidable fortaleza, situada entre el continente y el mar sobre una escarpada roca, defendida por la naturaleza y por el arte, con muros flanqueados de bastiones y guarnecidos de gruesas baterías. Mustafá, noticioso de la expedicion que contra él se preparaba, se habia provisto de bastimentos para un año, y aguardaba confiadamente, sin que por eso dejara de avisar al rey de Fez y pedirle que le ayudara contra los cristianos.

Tan pronto como estos desembarcaron, presentáronse multitud de moros montaraces sobre las sierras y montañas por cuya falda tenia que pasar el ejército cristiano para acercarse á la fortaleza. Prosiguió este su marcha mirándolos con desdenosa serenidad, mas cuando se acercó al Peñon, parecióles á muchos oficiales que era intento temerario el de tomar una fortaleza de tan singular asiento y que parecia inexpugnable. Tal vez por creerlo así tambien el mismo Mustafá, habia salido con sus naves á correr la costa de Levante por no perder sus presas, dejando confiada la defensa del fuerte al renegado Ferret con doscientos turcos. Intimidáronse estos á la vista de las poderosas fuerzas cristianas, y el pánico se apoderó de ellos cuando vieron desmontados algunos de sus cañones y derribada una parte del fuerte por la artillería gruesa de las galeras españolas. El renegado Ferret huyó á tierra con la mayor parte de su gente, y con aviso de otro renegado albanés se acercó Juan Andrés Doria con doce soldados á la puerta del fuerte, que un alférez turco con tres moros les franquearon, pidiendo libertad para otros veintisiete que habian quedado (5 de setiembre, 1564). Entraron los aliados en el Peñon, donde hallaron veinticinco cañones con muchas municiones y vituallas, y don García de Toledo, dejada la competente guarnicion en el fuerte, y despedidas las flotas de Portugal y de Malta, dispuso el reembarque de las tropas, que fué trabajo y costó muy reñidas escaramuzas con el xerife de Fez que habia llegado con gran chusma de moros. Al fin se reembarcó la gente, y llegaron todos á Málaga, donde fueron recibidos con grandes aclamaciones, y desde donde se dió al rey aviso de tan feliz suceso (1).

(1) Cabrera, Hist. de Felipe II, lib. VI.—Bertot, Histoire des Cheva-

Nombrado don García de Toledo virey de Sicilia en premio de esta conquista, partió para su destino, dejando en Córcega á Juan Andrés Doria con algunas banderas, otras en Génova con Estéfano Doria y don Lorenzo Suarez de Figueroa, y pagó y licenció las tropas alemanas. La conquista del Peñon de la Gomera, tanto como llenó de alegría á las provincias meridionales de España, inquietó y alarmó á las berberiscas, las cuales recurrieron al sultan suplicándole emprendiera arrojar de él y de todas las posesiones de África á los españoles. Pero al propio tiempo le instaban sus súbditos á que tomara venganza de los caballeros de Malta, que en todas las empresas ayudaban á los españoles. Soliman, aunque cargado ya de años, no menos ambicioso que en su juventud, determinó vengarse á un tiempo de la orden de Malta y del rey de España. Indeciso algun tiempo sobre si dirigiria primero sus fuerzas á Malta ó á Sicilia, resolvió por último acometer primeramente aquel baluarte de los caballeros cristianos. Pero esta empresa, por las grandes proporciones que tomó, y no pertenecer ya á las posesiones españolas de África, merece ser referida separadamente.

CAPITULO IV

Malta

1565

Memorable sitio de Malta por la armada y ejército de Turquía.—Medidas de defensa del gran maestre de la orden La Valette.—Atacan los turcos á San Telmo.—Defensa brillante de los caballeros de la religion. Carácter imperturbable y heroico del gran maestre.—Hechos repetidos de heroismo.—Asaltos: resistencia vigorosa: confictos: sacrificios sublimes.—Peligro de la isla.—Reclama el gran maestre el socorro prometido de España.—Contestaciones del virey de Sicilia.—Dilaciones.—Conducta de Felipe II en este negocio.—Causas de la detencion del socorro de España.—Llega la armada española á Malta.—Fuga y derrota de la escuadra y ejército otomano.—Inmortalidad que alcanzó el gran maestre La Valette.—Temores de nueva invasion por mayor ejército turco.—Se desvanecen.—Muerte de Soliman II.

Para quedar desembarazados de las guerras que por este tiempo movieron á España los infieles, y con que distrajeron las fuerzas marítimas de este reino, vamos á dar cuenta del memorable sitio que contra todo el poder del imperio otomano sufrió la isla de Malta, que hizo inmortal el nombre del gran maestre de los caballeros de aquella orden Juan Parissot de La Valette, y del gran servicio que con su socorro hizo el rey Felipe II á toda la cristiandad.

No atendió el viejo Soliman II á las fuertes razones con que el anciano y experimentado Mahomet le aconsejaba que dirigiera sus fuerzas contra las posesiones españolas de Sicilia antes que contra Malta. En su deseo de vengarse de los caballeros de esta orden escuchó mejor á los aduladores bajáes que lisonjaban su pasion, y á las esclavas favoritas de su serrallo, resentidas de los caballeros porque acababan de apresar un galeon en que iba la nodriza de su hija Roxelana. Resuelto pues á arrojar aquellos caballeros religiosos de la isla de Malta, como en otro tiempo los habia arrojado de la de Rodas, mandó que con toda prontitud se armaran todas las galeras de su imperio: ordenó á sus vireyes de Argel y de Tripoli, Hassen y Dragut, que estuvieran dispuestos á unirse con sus corsarios á la armada turca; encomendó el mando de esta al almirante Pialy y el del ejército de tierra al veterano Mustafá-Bajá, y les encargó que obraran de concierto con Dragut, el mas experimentado y conocedor de aquellos mares. Cuando el gran maestre de Malta Juan Parissot de La Valette supo que todos aquellos formidables preparativos del turco iban dirigidos contra él y contra su religion, invocó el auxilio de los principes cristianos, y principalmente del pontifice y del rey de España.

liers de Malte.—Discurso de la jornada que se ha hecho con las galeras que adelante se expresarán en este año de 1564 por mandado de la Magestad del Rey de España don Felipe II nuestro señor, siendo capitán general de la mar el excelente señor don García de Toledo.—Archivo del excelentísimo señor marqués de Santa Cruz, núm. 15 del leg. 6.º—Y en el tom. XIV de la Coleccion de documentos inéditos.

Además de los motivos de agradecimiento que Felipe II tenia á los caballeros de Malta por los grandes servicios que habian hecho siempre á España en todas las guerras y empresas contra los turcos, conocia sobradamente que Malta era la salvaguardia de sus Estados, y que perdida aquella isla peligraban mucho sus dominios de África y de Italia. Así pues, desde luego resolvió hacer los esfuerzos mas vigorosos por defenderla, é inmediatamente dió orden de aparejar una armada, y escribió á sus vireyes y aliados de Italia que viesen de tener prontos veinte mil hombres de desembarco para el primer aviso. Lleno con esto de confianza el gran maestre, dióse á activar los preparativos para la defensa de la isla: formó compañías de todos los habitantes capaces de llevar armas; llamó todos los caballeros ausentes; reclutó en Italia dos mil hombres, y antes que llegara el enemigo pasó revista á setecientos caballeros y ocho mil quinientos soldados, comprendidos los españoles que le envió el virey de Sicilia. Distribuyó convenientemente la tropa, cuidó del buen estado de las fortificaciones y almacenes, alentó á todos con enérgicas palabras, y esperó el venerable anciano con serenidad los acontecimientos.

No se hicieron estos esperar mucho. A mediados de mayo (1565) se presentó delante de Malta la armada turca, fuerte de doscientas naves y de cuarenta y cinco mil hombres, muchos de ellos genizaros, los soldados mas temibles del imperio. Desembarcaron y se derramaron en la campaña de la isla, sembrando la muerte, la desolacion y el incendio, á fin de infundir desde luego el espanto y la consternacion. Sin embargo el valeroso y hábil comendador Copier mostró bien no dejarse aterrar por la invasion, puesto que cayendo de improviso sobre los destacamentos turcos les mató mil quinientos hombres, perdiendo él solos ochenta. Pero estas pérdidas, aunque pequeñas, podian perjudicar mucho á la defensa general, y así llamó el gran maestre á Copier, y dió orden para que todos permaneciesen en sus respectivos puestos. Determinó el general turco atacar el fuerte de San Telmo con una batería de cañones de grueso calibre, reemplazando las trincheras que la posicion no permitia hacer con parapetos de tablas y vigas fuertes, sostenidas con tierra mezclada de paja y juncos. El gobernador de San Telmo despachó al caballero La Cerda á decir al gran maestre que el fuerte no podria resistir mas de una semana: *¿Pues qué pérdida habeis sufrido*, le preguntó La Valette, *para que tan pronto desesperéis?*—*El castillo*, respondió el mensajero, *debe mirarse como un enfermo extenuado y sin fuerzas, que no puede sostenerse sino con remedios y socorros continuos.*—*Pues yo seré el médico*, repuso el gran maestre, *y llevaré conmigo otros, que si no pueden curaros el miedo, á lo menos sabrán impedir que los infieles se apoderen del castillo.* Y ya estaba resuelto á ir él mismo con un cuerpo de su confianza, cuando en fuerza de las razones y de las instancias de los demás caballeros para que no saliese de la ciudad donde tan necesaria era su presencia, accedió á enviar al caballero Medrano, que gozaba gran reputacion de valeroso, hábil y prudente.

Cuando comenzaban los turcos á conocer por las bajas de sus filas que el gobierno de San Telmo habia entrado en manos mas enérgicas y vigorosas, bien que no sin ganar á su vez algunas ventajas, arribó á las aguas de Malta el terrible Dragut con trece galeras de Tripoli, llevando consigo otro famoso pirata llamado Uluch Ali, renegado calabrés, (junio, 1565). A los pocos dias llegó tambien el virey de Argel, Hassen-Bajá, con veintiocho galeras bien provistas y municionadas, en que iban tres mil turcos renegados y genizaros llamados *los bravos de Argel*. Con esto el sitio y combate del castillo se apretó de manera que no podian gozar un momento de reposo los cristianos, y una mañana al romper el dia, hallándose estos vencidos del cansancio y tomados del sueño, se vieron sorprendidos por los turcos que matando los centinelas habian asaltado el rebellin. Muchos fueron degollados en la primera arremetida, pero puesta en armas la guarnicion, sostuvo un recio, prolongado y reñidísimo combate desde el amanecer hasta el medio dia, en que los cristianos perdieron tres caballeros de la orden y cien soldados, los infieles cerca de tres mil; lo cual obligó á Mustafá á enviar tropas frescas y á reforzar los atrincheramientos, siendo cada vez mayor el aprieto de la escasa guarnicion.

De tal manera se veia esta apurada, aun con el refuerzo que le envió La Valette, que acordó despachar al mismo Medrano para que representase al gran maestre que era imposible sostener ya el fuerte sino por algunos dias, y eso tal vez á costa de perecer toda la guarnicion. La mayor parte de los caballeros de la orden opinaban y aconsejaban á La Valette que se abandonara la fortaleza, y se empleara aquella gente con mas provecho en defender los otros fuertes de la isla. Harto conocia el maestre la triste situacion de la plaza y la suerte infeliz que aguardaba á sus defensores. Pero penetrado tambien de que la conservacion de Malta y de la orden dependia de la duracion del sitio, guiado del principio de que en extremos casos por la salud de todo cuerpo hay que hacer el sacrificio de dejar amputar un miembro, resuelto á emplear este remedio, *Decid á los caballeros*, le contestó á Medrano, *que se acuerden de los votos que han hecho, de sacrificar su vida en defensa de la religion, que yo les enviaré socorros, y que irá yo mismo á morir con ellos antes que entregar el castillo á los infieles.* Con esta respuesta algunos juraron sepultarse bajo las ruinas del fuerte antes que rendirle, pero los mas volvieron á exponerle que si á la noche siguiente no les enviaba barcos para salir del castillo, tentarian ellos á salir espada en mano, resueltos á morir todos á trueque de no sufrir otra muerte mas ignominiosa si eran tomados por asalto.

Para morir con honra, contestó el venerable y heroico maestre, *no basta hacerlo con las armas en la mano; es menester además el mérito de la obediencia: si abandonais el fuerte, no hay que esperar socorros del virey, y tras la ignominia de abandonar vuestro puesto os vereis reducidos á mas desesperada situacion que la que quereis evitar.*

Y con pretexto de examinar el estado del fuerte, pero con el verdadero fin de ir entreteniendo la guarnicion, envió tres comisionados para que le informasen. Hicieronlo dos de ellos en sentido de que era imposible sostener por mas tiempo el sitio. Mas el tercero, el príncipe griego Constantino Castrioto, opinó que aun no era la situacion tan desesperada, y en prueba de ello se ofreció á encerrarse en el castillo con las tropas que quisieran seguirle. Tan digna resolucion no dejó de encontrar imitadores, y animado con esto La Valette escribió á los del castillo que ya tenia nuevas tropas que le defendieran, y que ellos saldrian en los mismos barcos que las llevaran. *Volved aquí, hermanos míos*, les decia, *y vos estareis mas seguros y yo mas tranquilo.* Estas palabras entre dulces y amargas, hirieron en lo mas vivo el pundonor de aquellos caballeros, y suplicaron al gobernador Medrano intercediera con su superior para que les permitiese borrar con nueva conducta su pasada falta. Recibió La Valette esta súplica por medio de un nadador correo; rogóse en el fondo de su alma, pero fingiendo una firmeza que á él mismo le enternecia, respondió: *Prefero un cuerpo de tropas nuevas á veteranos que no se someten á la disciplina militar.* Acabó esta contestacion de comprometer la delicadeza de aquellos caballeros religiosos, y todos juraron morir en su puesto. Era lo que se habia propuesto conseguir el político y valeroso La Valette.

El sitio y los combates prosiguieron con una furia y una heroicidad increíbles, sin que á nadie arredrara la muerte de los compañeros que á todas horas veia caer delante ó al lado. Abochornado ya Mustafá de tanta resistencia, hizo jugar la artillería toda, y cuando tuvo arrasadas las murallas hasta su cimientó de roca viva, dispuso un asalto general (16 de julio), debiendo acercarse al propio tiempo Pialy con la armada á la fortaleza. Seis horas duró el ataque sin poder ganar los turcos un palmo de terreno, y Mustafá mandó tocar á retirada. Ordenó luego extender la línea para ver de incomunicar á los sitiados, y batir al propio tiempo los castillos de San Miguel y Santángel. En esta operacion recibió una herida el famoso Dragut por cuyo consejo se hizo, de la cual sucumbió á los pocos dias el antiguo jefe de piratas y terror de los cristianos. No uno, sino cuatro asaltos volvió á dar Mustafá con su gente en un solo dia (21 de julio), y todos fueron rechazados por los malteses con una firmeza que raya en lo inverosímil ó inaudito. Avisado el gran maestre por otro nadador de la situacion